

## **Discurso en celebración de los 31 años de la Escuela de Educación, U.C.V.**

**Gustavo Adolfo Ruiz**  
*Maestro de maestros\**

Ante todo agradezco muy sinceramente a las autoridades de la Escuela la deferencia que han tenido para conmigo al escogerme para abrir los actos conmemorativos de un nuevo aniversario de nuestra institución.

Cuando me hablaron de los motivos que les habían inducido a requerir mi participación, pensé que la mejor forma de corresponder a tan satisfactoria distinción era la de provocar reflexiones en los integrantes de nuestra comunidad a través de un recorrido

- 
1. \* Gustavo Adolfo Ruiz, nació el 23 de Noviembre de 1918 y murió el 25 de Abril de 1993. Ejerció la docencia durante 59 años. Comenzó su magisterio en el año de 1934. En la Primaria fue Director de Escuela Común, de Grupo Escolar y de la Escuela Experimental Venezuela. Fue Supervisor en tres Zonas del interior del País y del Distrito Federal. Profesor y Supervisor en Escuelas Normales. Miembro del Consejo Técnico de Educación. Jefe de la Sala Técnica del Ministerio. Director Técnico del Ministerio. Ingresó a la Escuela de Educación, de la Universidad Central de Venezuela, en el año de 1958 y se jubiló en el año de 1983. Director de la Escuela. Adjunto a la Dirección. Coordinador Académico. Fundador y Jefe de la Cátedra de Didáctica e Historia de las Ideas Pedagógicas en Venezuela.

a grandes rasgos por la trayectoria de la Escuela para enfocar mediante una rápida visión de sus momentos más significativos el constante esfuerzo que hemos llevado a cabo para hacer de ella instrumento válido contribuyente a la transformación a que aspiramos en la vida.

Me ha animado a hacerlo el considerar que para esto, y perdonezeme la primera persona, yo soy testigo de excepción puesto que he vivido más de veinticinco, de los treinta y un años de la Escuela, ligado estrechamente a su destino, vinculado a sus vicisitudes, a sus aciertos y errores, a sus triunfos y dificultades. Y que conste, que la excepcionalidad a que me refiero no alude a ningún rasgo ni capacidad particular, sino a las condiciones en que me encuentro para dar testimonio de lo mucho que las distintas generaciones con las que he compartido el cotidiano hacer en nuestro medio académico, han pensado, han analizado, han querido, en la búsqueda de una Escuela mejor.

Haré, pues, un poco de historia que paradójicamente tendrá tal vez poca historia porque tendrá mucho de carga subjetiva, mucho de perspectiva personal, mucho de afectivo, mucho de mí, de ustedes, de nosotros.

Cuando ingresé a la Escuela acababa ésta de sufrir su primer cambio. El propósito nacional de dejar atrás el lastre de la dictadura, provocó la reforma de la concepción que había dirigido sus pasos iniciales. Privaba hasta entonces la orientación que considera la Pedagogía como un corolario de la Filosofía, se trató en tal momento de darle un carácter cada más científico al examen y consideración del hecho social educativo.

Y creo que es esta la oportunidad de despejar un error que entonces se mantuvo, que se creyó por mucho tiempo y que tal vez todavía creen: el surgimiento de esta Escuela como instrumento para debilitar la función y el papel del Instituto Pedagógico. Creencia que por mucho tiempo estableció vallas al acercamiento entre ambas instituciones y debilitó prolongadamente las necesi-

rias relaciones que deben existir entre los distintos profesionales de la Educación.

Quien examine la tarea esencial del Instituto Pedagógico, cumplida con extraordinaria eficacia, de formar los profesores de la Educación Media del país y examine igualmente la estructura del Plan de Estudio de la Escuela en su primera etapa, observará que una y otra no tienen coincidencia. Lo cual expresamente niega el pretendido paralelismo o la denunciada oposición entre ambas entidades.

La Escuela de Educación constituyó, en sus primeros tiempos, un centro de estudios pedagógicos sin salida profesional inmediata. Su carácter tal vez pueda asimilarse al de una institución de post grado, sin que esta fuera en realidad su finalidad concreta, ya que la gran mayoría de quienes concurrían a ella eran graduados universitarios o de educación superior en general, interesados por el estudio de la teoría y de las situaciones educativas. Por eso el número de cursantes era escaso y de buen nivel de formación. Aquí habría que señalar que la única salida práctica que tenían los egresados, la cual se les daba una limitada preparación, era la docencia respaldada por disposiciones legales existentes desde antes de la transformación de la Facultad de Filosofía y Letras en Facultad de Humanidades y Educación.

Con respecto a todo esto hay que indicar algo de extraordinaria importancia, ello es que cualquiera haya sido la orientación y estatus de la Escuela en su primera fase, la creación de la misma significó el arribo del estudio de la educación al medio universitario, lo cual le dio una merecida calidad jerárquica y ha hecho posible su cultivo con prometedoras posibilidades de desarrollo.

Como ya hemos dicho a partir de 1958 comenzaron las gestiones tendientes a considerar con miras científicas el fenómeno educativo, a hacer funcionar el nuevo Plan de Estudios y a poner en práctica los reajustes que su aplicación hizo evidente que eran necesarios.

Así las cosas, surgió un acontecimiento que dio lugar a nuevas perspectivas y generó muchas preocupaciones: el ingreso de los

maestros en servicio, gracias a disposiciones que permitieron su entrada sin el cumplimiento del requisito previo de la posesión del título de Bachiller.

Las gestiones que veníamos realizando desde hacía algún tiempo a favor de la capacitación de los profesionales docentes con miras a su titulación universitaria dieron su fruto en razón de decisiones adoptadas por el Consejo Nacional de Universidades y las autoridades de nuestra Universidad.

El ingreso de los maestros que dio satisfacción a justos deseos del gremio, condujo al aumento violento de la matrícula y determinó, por tanto, el crecimiento de la Escuela, de su presupuesto, de su personal y de sus servicios, pero imprimió a ésta, por haber dado nacimiento a una nueva realidad, un sentido que no se correspondía con la concepción inicial, en gran medida todavía vigente.

La situación se hizo aún más complicada cuando por la misma época, con la apertura de cursos matutinos, ingresó un contingente distinto hasta entonces ausente como grupo de las aulas de nuestra Escuela: el constituido por estudiantes procedentes directamente del bachillerato.

Para estos dos nuevos tipos de alumnos, el maestro en servicio y el joven que entraba procedente directamente del bachillerato, la meta primordial era -como es lógico- la obtención de un título que condujera a un ejercicio profesional concreto que lo insertara en el campo de trabajo, en cambio la Escuela, según las pautas vigentes, seguía ofreciendo una formación que no llenaba suficientemente tal finalidad.

La fuerza de las circunstancias radicada en este caso en lo que eran los verdaderos intereses de la casi totalidad del alumnado, exigían declinar el propósito de hacer del estudio pedagógico una fuente de ejercicio y disfrute intelectual para convertirlo en instrumento de acción y de trabajo remunerativo, lo cual llevaba necesi-

riamente a transformar unos cursos que casi había venido siendo de post grado, en una estructura real de pre grado con todo lo que esta caracteriza.

Por lo demás, la discordancia entre los objetivos de la institución y las necesidades de los estudiantes llegó a producir un clima de insatisfacción que tuvo que ser considerado seriamente en la búsqueda de una adecuada solución. En este sentido, las preguntas corrientes de los alumnos eran: ¿Qué es lo que estamos estudiando nosotros? ¿Qué vamos a hacer cuando estemos graduados?

Al tratar de entender la demanda planteada y queriendo siempre evitar el convertir la Escuela en un Instituto de Formación Docente similar a los Pedagógicos y a algunas Escuelas de Educación que habían comenzado a establecerse, juzgamos que nuestra misión debía ser preparar Licenciados con una buena capacitación general que hiciera viable la producción de los técnicos de buen nivel que el sistema educativo necesitaba para su eficacia y desarrollo.

Dos circunstancias conspiraron en contra de tan buen propósito, nuestras propias deficiencias para ir acertadamente hacia esa meta, sobre todo, los criterios predominantes en el Ministerio de Educación con respecto a la preparación de ese tipo de profesionales.

Entre nosotros la política de las autoridades educativas ha sido siempre la de no proveerse de personal capacitado en nuestro medio, sino la de enviar a nuestros educadores a prepararse, bien o mal, en el exterior. Cantidades significativas de profesionales han ido continuamente a diversos Centros de los Estados Unidos y a Puerto Rico a entrenarse para las funciones técnicas y directivas del Aparato Educativo Nacional.

Nadie duda de la importancia de conocer y apreciar la educación de otros países en su propio medio o la de estudiar las teorías y técnicas que se generan en instituciones foráneas acreditadas, pero cuando esto se hace sin un buen soporte nacional,

cuando quienes van no están en condiciones de traducir a nuestro modo peculiar las innovaciones con las cuales entran en contacto y cuando la salida al exterior se hace en una sola dirección y la fuente de ese tipo de formación está claramente interesada en consolidar nuestra dependencia ideológica y cultural y hace toda clase de esfuerzos para lograrlo, el resultado es el que constantemente estamos viendo y que nos afecta profundamente: el traslado de concepciones, modelos y prácticas sin racionalidad alguna que forzosamente se introducen en nuestro haber habitual dando lugar a la vigencia de conceptos ajenos a las exigencias de nuestra tradición, distorsión de nuestras apreciaciones de la realidad educativa, ensayos, tanteos, más ensayos, más tanteos, introducción de novedades que no responden a ninguna necesidad sino a una especie de ciclos de modas que nos presionan y se imponen, todo lo cual se expresa por una constante anarquía que a nada conduce y nada favorece.

En ese momento nuestro error fue creer que nosotros podíamos penetrar esa trama y sustituir en alguna medida la formación foránea por la formación local y romper así un círculo vicioso que nos domina y ahoga y nuestra gran debilidad fue la de no poder alcanzar por medios idóneos la altura del propósito que con la mejor buena fe estábamos intentando.

A estas alturas me separé yo de la responsabilidad directa del manejo de la Escuela, sin dejar de participar en la función directiva por largo tiempo, gracias a la aquiescencia y deferente amistad –en lo sucesivo– fuimos sus Directores.

Un acontecimiento de gran magnitud habría de conmover pocos años después a la Universidad, con notable incidencia en la vida de la Escuela: este acontecimiento fue el llamado Proceso de Renovación Universitaria.

La situación del país, explosiva y detonante, la reacción del estudiantado francés y luego –más tarde– la de cierto sector del estudiantado norteamericano y de otros países; la agitación permanente que se vivía en la Universidad y las propias inquietudes

que se sentían en la Escuela, entre otras causas, hicieron estallar un movimiento que casi nos arrasa a todos, que nos hizo pensar con gran rapidez y que nos llevó aceleradamente a tomar posición frente a la crisis que movió a cada quien a actuar con diafanidad y exigió una actuación solidaria para arremeter contra las situaciones que se quería liquidar.

Tomas violentas, reuniones tumultuosas, discusiones acaloradas, divergencias profundas, los estudiantes en el poder, desplazamiento de la dirigencia oficial, autoridades acobardadas que declinaban su facultad de tomar decisiones, asambleas paritarias, cuestionamiento de profesores, amenazas de allanamiento, proposiciones de todo género, búsqueda de nuevos horizontes, de salidas honorables, transacciones y, al fin, acercamiento de estudiantes, profesores y empleados, actividad conjunta, dirección colectiva, autogestión y restablecimiento de la institucionalidad por voluntad de las partes y con ausencia total del tren oficial superior inmediato, bajo nuevas formas y con grandes esperanzas.

Todo esto ocurrió en la Escuela y mucho más. Y ocurrió en la Escuela como ocurrió en algunos otros sectores de la institución pero no en toda la Universidad. De allí, que frente a lo poco que se movió fue mucho lo que se mantuvo estático para luego reaccionar y actuar con gran fuerza para dominar el movimiento y reestablecer el ordenamiento tradicional.

Esta posición de adentro se vio robustecida desde afuera con el respaldo de parte de la opinión pública y con toda la fuerza del Gobierno Nacional.

Legal e ilegalmente se arremetió contra la Universidad conmovida; legal e ilegalmente, vino la derrota, nutrida de arbitrariedades jurídicas, de atropellos materiales, de iniquidades e indignidades, del afloramiento de ambiciones bastardas y de las ganancias que los ríos revueltos producen a ciertos inmorales audaces pescadores.

Alguien habrá de examinar objetivamente este proceso y apreciarlo en lo que fue su valor y trascendencia. Resultados concretos

tuvo poco, casi nada, emoción mucha, clarificaciones bastantes. Lo que ocurrió habrá que analizarlo con justeza, pero indudablemente el proceso de renovación fue uno más de esos momentos culminantes de la brillante trayectoria que conforma la posición rectora de nuestra Universidad.

Paralelamente a ese *maremagnum* de agitación y confusiones, a lo largo de un allanamiento, un grupo de profesores nos dimos a la tarea de estudiar la forma de mejorar la Escuela y de tratar de redimensionarla para mejores efectos. De allí surgió el Plan actual que muchas veces hemos tratado de modificar y que ahora se trata de sustituir con miras a lograr una reestructuración que tiene por fin la transformación de la Escuela en Facultad. Esta vez también nos quedamos cortos y lo más que alcanzamos fue definir débilmente el destino de nuestros egresados, insistiendo en la vieja idea de formación de técnicos, ofreciéndoles vías de salida con algunas pre-especializaciones.

Y así, hemos llegado a unir el pasado con el presente y lo lógico ahora es mirar hacia el futuro.

¿Qué debemos hacer para satisfacer los deberes que nos corresponden? ¿Qué debe hacer la Escuela para llenar sus obligaciones internas, las que le tocan en relación con la función docente del país? Estos son sus tres grandes ámbitos de acción y hacia ellos deben estar dirigidos sus principales objetivos.

Pero a mi modo de ver, cualquier planificación, cualesquiera de las gestiones que debemos realizar –que son muchas y variadas y de porvenir fecundo– debe partir de la confirmación de nuestra propia entidad, de nuestro propio sentido, de nuestra propia función.

Nuestra mira es la educación y nuestro papel formar educadores. Esto es obvio. ¿Pero estamos todos conscientes de lo que significa tal mira y de lo que implica tal función?

¿La educación que concebimos es la de los sociólogos, la de los economistas, la de los psicólogos, la de los políticos o es aquella

que debemos asumir como pedagogos?

La educación es una concepción tan amplia y ha sido tan trajinada al antojo de quienes han querido manejarla que se necesita un buen esfuerzo para caracterizarla en lo que debe ser para nosotros su verdadera entidad.

Sus propios servidores natos, los educadores profesionales, la han debilitado y han desviado su concepto para atribuirse hasta otras denominaciones que desdicen de su más alta misión.

En tal sentido, no creo que haya sido feliz el hecho de dejarnos de llamar maestros, profesores o educadores para llamarnos «trabajadores de la enseñanza». ¿Es que al ser lo primero dejamos de ser lo segundo? Es que el maestro, el profesor, por el hecho de serlo, no es y siempre ha sido un luchador por alcanzar las reivindicaciones que típicamente constituyen las aspiraciones de quienes ejercen la gestión laboral?

Creo que al dejar de llamarnos maestros, profesores o educadores para llamarnos «trabajadores de la enseñanza», si bien hemos ganado el aura sindical, hemos perdido terminológicamente, quizás hasta conceptual, lo que nos hacía distintos del trabajador común: la concepción moral rectora, el sentido de responsabilidad social particular de formación humana, la idea de una conducta ejemplar, atributos que sólo al educador indispensablemente corresponden.

Igual o peor es llamarnos «facilitadores» y es bastante poco la simple denominación de «docentes». Y si alguno cree que llamarnos maestros nos identifica con la idea más vieja, con la de una persona impositiva, represiva, adusta, dogmática, antítesis del estímulo creador y de la conducción orientadora, que recuerde que desde hace mucho, dentro de nuestra mejor tradición, maestro es otra cosa. Bástenos decir que ya en la tercera década del Siglo XIX el Libertador dejó claramente establecido que esas características no corresponden al verdadero maestro y que por la misma época

Don Simón Rodríguez, al puntualizar las categorías de los comunicadores del saber, atribuyó al maestro un carácter que asombra por su riqueza y extraordinaria actualidad.

Si logramos definir qué es y qué debe ser para nosotros la educación, qué es y qué debe ser para nosotros el estudio pedagógico y qué es y debe ser para nosotros el educador, creo que habremos sentado buenos puntos de partida y despejado el camino para poder avanzar.

Con respecto a las vías de realización, y como un aporte al buen trabajo que tesoneramente han llevado a cabo quienes han planteado los principales rasgos del proceso de reestructuración, sólo he de mencionar tres condiciones, a mi modo de ver, fundamentales.

**PRIMERA:** La Escuela de Educación, como Centro Universitario, debe sustentar sus acciones en la investigación. En la investigación como actitud opuesta a la repetición y la rutina en la mente de profesores y estudiantes, en la investigación como soporte de la docencia para hacerla cada vez más dinámica y novedosa, en la investigación como posición frente al conocimiento y la realidad del país, en la investigación como vía de búsqueda de creación. En este sentido, hay que renovar el concepto de investigación para llegar al convencimiento de que ésta no sólo es necesaria sino también posible de realizar por cualquiera de nosotros con tal que lo haga con dedicación y disciplina. Que la investigación tiene muchos niveles y que algunos de ellos, hasta donde más sea posible, pueden ser alcanzados por nosotros como parte de nuestras ocupaciones habituales. Pero también debemos estar conscientes de que la investigación tiene naturaleza y atributos que no pueden ser desvirtuados. Y que no podemos llamar investigación a cualquier cosa, a cualquier trabajo nuestro, por interesante que sea, si no responde a las modalidades que determinan su singularidad.

**SEGUNDA:** Considero que hay que dar efectiva vigencia a la relación teoría-práctica. Que hay que agilizar nuestro trabajo, vincu-

larlo a lo que ocurre fuera del recinto de las aulas. Se ha hecho costumbre manejar textos y textos, autores y autores, palabras y palabras, sin que las ideas y los conceptos trasciendan hacia la clarificación de los problemas que ocurren alrededor nuestro. No abogamos por un simple practicismo porque ya bastante daño nos ha hecho las posiciones tendientes a la mera ejecución, ayunas de fundamentos y teoría. Que sepamos hacer, pero que esencialmente sepamos por qué hacemos y a qué posturas teóricas corresponden nuestras realizaciones, nuestras técnicas.

**TERCERA:** Aunque las dos condiciones anteriores anuncian ya la meta de una actitud del alumno distinta a la que ordinariamente manifiesta, quiero insistir en la necesidad de que nuestro estudiante sea en realidad un estudioso, esto es, un individuo indagador y pensante, un lector constante y consciente, un persistente observador, una persona que aspire a ir mucho más allá del mínimo que conduce a la menor nota aprobatoria que se complazca con el conocimiento y disfrute con el saber. Pero es indudable que esto que queremos para el alumno debemos quererlo también para nosotros en grado eminente.

Quiero decir algo más: debemos estabilizar en la Escuela un clima de actividad, de entusiasmo, de convivencia, de respeto mutuo, que haga su ambiente grato y propicio para el trabajo creador.

Para finalizar, esta ya larga exposición, quiero que me permitan una manifestación personal que creo que puede ser útil para juzgar lo que esta Escuela ha sido para uno de sus servidores y que expresaré con la esperanza de que pueda llegar a tener significado semejante en cuantos aquí conviven.

Repito lo que dije alguna vez: muchos se preguntarán por qué permanezco aquí siendo jubilado. Unos tal vez creen que esa permanencia obedece a que quiero hacerme notar de alguna manera, aún sacrificando libertad y descanso, otros quizá piensen que soy un tonto porque pudiendo retirarme a hacer lo que plazca vengo todos los días a hacer lo que siempre he hecho.

Por supuesto que una y otra apreciación están lejos de la verdad.

Como algunos saben, esta Escuela ha sido para mi crisol de formación, estímulo para aprender, para reflexionar, para mantener la mente alerta. La juventud que aquí bulle y palpita a diario me rejuvenece. Aquí he tenido reconocimiento y respeto, sobre todo aprecio. Aquí se ha forjado la culminación de mi ya larga carrera profesional, aquí se ha aceptado mi voz y se me ha distinguido con la discusión de mis ideas, se me ha permitido dar y se me ha dado ocasión de recibir.

Si aquí he tenido la incomparable satisfacción de sentir la cálida respuesta de aquellos que, intelectual y emotivamente, reconocen que algo han recibido de mí, si aquí están mis amigos... ¿Para qué me voy a ir?